



Abu Sa'id Aboljeir

El patrón de la música, canción y danza sufíes

Ali Jamnia y Mojdeh Bayat



Abu Sa'id Aboljeir de Mayhana (una de las antiguas ciudades de la provincia de Jorāsān-Irán) fue uno de los más grandes maestros sufíes de los siglos X y XI. El Dr. A. Zarinkub escribe en su libro *El valor de la herencia sufí (Arzesh-e mirās-e sufiyya)* que este maestro, cuyas historias de poderes milagrosos han tomado proporciones exageradas, había reunido un muy amplio número de seguidores y creyentes. Pero la osadía de su carácter y su afición por la *samā'* —danza extática acompañada con música y recitación de poemas— hizo brotar una importante animosidad hacia él por parte de los clérigos y estudiosos de la ley religiosa, lo que condujo a varios intentos de asesinato que fueron, afortunadamente, infructuosos.

Para entender a Abu Sa'id es necesaria una breve ojeada a las ciencias esotéricas y exotéricas de su tiempo. En el siglo IX (unos cien años antes de su tiempo), durante el califato Abásida, muchos libros griegos, indios y persas sobre ciencias naturales, filosofía y lógica fueron traducidos al árabe, revolucionando la forma en que los escolásticos del Oriente Medio enfocaban sus campos particulares de conocimiento. Debido a la influencia (bien sea directa o indirecta) de este aprendizaje, muchos

escolásticos religiosos de varias denominaciones comenzaron a discutir la ley islámica y sus implicaciones. Los estudiosos «esotéricos» —es decir, los místicos del Islam— también se vieron afectados, pues su énfasis en la piedad y la austeridad iba poco a poco siendo reemplazado por el pensamiento gnóstico, que representa un enfoque mucho más interno hacia la vida espiritual. Por ejemplo, Yoneid consideraba que la adherencia devocional a las regulaciones externas de la religión, la plegaria y las prácticas ascéticas era de menor valor que la [experiencia de la] contemplación de la Unidad de Dios. Como dijo en una ocasión: «Las mejores reuniones y los asientos más elevados están donde hay contemplación en el círculo de la Unidad»¹.

Otro cambio que tuvo lugar por aquel tiempo fue el uso más frecuente de la poesía para expresar las emociones internas profundas y los estados espirituales del místico. Hasta entonces, los maestros sufíes no habían prestado especial atención a los poemas (con alguna excepción, pues algunos maestros como Hallāy, compatriota de Abu Sa'id, recitaban poemas cuando estaban en estados extáticos). Incluso en la provincia de Jorāsān, el centro de la literatura persa de aquel entonces, la poesía





Los damish en samá. Miniatura persa, Behzād 1490.

no era el medio común de expresión del sufismo. Abu Sa'id, sin embargo, fue un gran defensor de la poesía. Había memorizado unos treinta mil versos antes de iniciarse en la Senda sufí. Como instructor y maestro sufí, utilizaba la poesía de dos formas diferentes. En primer lugar, la recitaba en las reuniones sufíes y las sesiones de *samā'* para aumentar la intensidad del estado extático. En una reunión a la que asistió Abu Sa'id, el *qanwāl* —cantante de cánticos espirituales en los que uno se dirige al Amado de la manera más íntima— cantó el siguiente verso:

*Me esconderé en mi cántico
sea que así pueda robar
un beso de Tus labios
mientras lo cantas.*

Abu Sa'id resultó tan profundamente afectado que decidió visitar la tumba del poeta que había escrito tales versos y presentarle sus respetos.

En segundo lugar, Abu Sa'id utilizaba la poesía para enseñar y guiar a sus discípulos. Aunque los mejores ejemplos de poesía sufí instructiva pueden ser encontrados en las obras de Sanāi, 'Attār, y Rumi, el primero en usar la poesía con este propósito fue Abu Sa'id.

Tal vez la contribución más importante de Abu Sa'id al sufismo fue el establecimiento de centros sufíes, o *jānaqāh*, como salas formales de enseñanza espiritual, así como para el desarrollo de las reglas de conducta para los *darwish*. El antiguo código de caballería espiritual (*javānmardī*) que implantó en los *jānaqāh* es seguido a día de hoy por las órdenes tradicionales sufíes del Oriente Medio.

Del gran número de libros que han sido escritos acerca de Abu Sa'id a lo largo de los siglos, todos excepto dos han sido destruidos o perdidos. Los dos que han sobrevivido son *Los secretos de la Unidad en las moradas del sheij Abu Sa'id* y *Los estados y palabras de Abu Sa'id*. Ambos fueron escritos por sus descendientes, aproximadamente un siglo después de su tiempo. Constituyen una colección de historias que tratan de Abu Sa'id o anécdotas relacionadas con él y sirven como espejo de la historia de sus tiempos.

Los tiempos y la vida de Abu Sa'id

Abu Sa'id Aboljeir nació en el año 978 d.C. en la ciudad de Mayhana, en el noreste de Irán, y murió en la misma ciudad en 1061. Hoy no queda nada de esa antigua ciudad, salvo su tumba y el edificio que la alberga. Sin embargo, Mayhana fue en un momento dado una de las ciudades más importantes de la vieja provincia de Jorāsān.

El padre de Abu Sa'id era un piadoso adherente del Islam ortodoxo, pero también estaba familiarizado con la Senda sufí. Acudía habitualmente a reuniones sufíes para participar en el *samā'*. Siendo Abu Sa'id aún niño, su madre persuadió a su padre para que lo llevara al *jānaqāh*, con la esperanza de que la gracia de los sufíes pudiera beneficiarlo. Una vez allí, el *qanwāl* cantó el siguiente cuarteto:

*Dios da amor a los darwish,
mas el amor es aflicción;
muriendo cerca de Él, y amados por Él,
ellos crecen.
El joven generoso (javānmard)
regala libremente su vida;
el hombre de Dios no se preocupa
del espectáculo mundano.²*

Esta canción conmovió profundamente a los *darwish*, que danzaron a su son durante toda la noche. El *qanwāl* la cantó tantas veces que Abu Sa'id la aprendió de memoria. Cuando volvieron a casa, le preguntó a su padre por el significado del cuarteto. Éste le respondió bruscamente que no lo entendería y que no era asunto suyo.

Años más tarde, Abu Sa'id recordó este incidente y concluyó que era realmente su padre quien no había entendido el poema —el cual expresa la enseñanza básica sufí de que para unirse con Dios, que es el propio Amor, el aspirante debe permitir que su propio ser sea anonadado.

Aparentemente, el fuego divino del amor estaba vivo en Abu Sa'id desde su niñez. En sus primeros años, tuvo lugar un acontecimiento que hizo que su padre tomara nota del potencial de su hijo. El padre de Abu

Sa'id, admirador del sultán Mahmud, había construido una casa nueva con murales pintados en las paredes que retrataban al sultán en entornos lujosos. Al ver esos murales, Abu Sa'id pidió a su padre un cuarto para él. Una vez concedido este deseo, Abu Sa'id pintó la palabra *Allāh* en las paredes. Cuando su padre le preguntó por qué había hecho esto, contestó: «Todo el mundo escribe el nombre de su sultán en las paredes de su casa». Sorprendido por la forma inteligente del niño de recordarle que sólo Dios es el Rey, el padre ordenó que todos los murales del sultán Mahmud fueran quitados de la casa.

Este incidente afectó grandemente a su padre, y decidió hacer lo que estuviera en su mano para educar a su hijo. Al principio, Abu Sa'id fue enviado a Abu (o Bu) Muhammad Anazi (o Ayari) para estudiar los fundamentos del Qorán y de la gramática. Sin embargo, cuando un viernes él y su padre se dirigían a rezar, se cruzaron con el *pir* Abol Qāsem Beshr Yāsin, uno de los grandes gnósticos y maestros sufíes de aquel tiempo. Al ver a Abu Sa'id, Beshr entra en éxtasis y le dice al padre: «No podía abandonar este mundo porque veía que la morada de la amistad divina (*welāyat*) hubiera quedado vacía y los *darwish* se habrían quedado solos. Ahora que he visto a tu hijo, puedo descansar en paz, ya que esta morada será la suya». Entonces pide a ambos que le visiten en su ermita después de la plegaria.

Cuando llegan a la ermita y una vez en presencia del *pir* Besar, le pide al padre de Abu Sa'id que levante a su hijo para que pueda alcanzar una rebanada de pan que estaba situada en una estantería elevada.

Años después, cuando el propio Abu Sa'id describe este incidente, cuenta: «Era una rebanada de cebada, caliente al tacto. Cuando el *pir* la cogió de mí, se excitó y lloró. Entonces la rompió en dos trozos, comió uno y me dio el otro a mí. Mi padre, extrañado, preguntó al *pir* cuál era la razón por la que no le había dado una porción de esa gracia divina a él, y el *pir* le respondió que hacía treinta años que había colocado esa rebanada en la estantería. Dios le había prometido

que la persona cuyo tacto calentase la rebanada daría vida al mundo y sería poseedora de la morada de la amistad divina. Ahora, esa promesa se había cumplido. Esa persona era su hijo».

Desde entonces, Abu Sa'id estudió bajo la supervisión tanto de Bu Muhammad como de Beshr. Aprendió el Qorán y la gramática del primero y los principios de la sumisión a Dios del segundo. Tras haber finalizado los estudios del libro sagrado y los principios de la sumisión, Beshr le enseñó las bases del amor desinteresado hacia Dios. En relación con esto, cuenta Abu Sa'id que un día el *pir* le dijo: «Abu Sa'id, debes esforzarte en purificar tu sinceridad y amor hacia Dios de toda expectativa propia, debes amarLe a Él por Él mismo. Porque amarLe por la recompensa del paraíso o por el temor al castigo del infierno, es comercio y traición en el amor». A continuación, Beshr recita estos versos:

*¿Cuál es la perfección de la amistad?,
no ansiar nada del Amigo.
¿Qué puede ser más valioso
que el mismo Amigo?
Ciertamente, es mejor para ti
el mismo Otorgador
que el bien que otorga.
¿Qué valor tiene el bien
ante el Origen mismo de ese bien?*

Un tiempo después, el *pir* preguntó a Abu Sa'id si quería hablar a Dios.

«¡Claro que quiero!», contesta Abu Sa'id.

«Entonces, cada vez que estés solo, recita:

*Sin Ti, Oh Amado,
no puedo descansar;
Tu bondad hacia mí
no la puedo calcular.
Aunque cada pelo de mi cuerpo
se convierta en una lengua,
La milésima parte de Tu gracia hacia mí
no puedo relatar.³*

Abu Sa'id reveló más tarde que repitió este cuarteto tantas veces que el camino hacia Dios se le abrió a edad temprana.

Beshr murió pronto, pero Abu

Sa'id continuó estudiando el Islam exotérico durante años, viajando de ciudad en ciudad y de profesor en profesor. Su último profesor de lo exotérico fue Abu 'Ali Faqih, que vivió en la ciudad de Sarajs. Allí estudió la ciencia de la interpretación del libro sagrado, los principios del Islam y las tradiciones proféticas. Y fue allí donde encontró a alguien que cambiaría el curso de su vida.

La entrada en la Senda

Estando en la ciudad de Sarajs, y mientras caminaba para ver a su profesor Abu 'Ali Faqih, se encontró con Loqmān Sarajsi, un piadoso musulmán y amante de Dios que había perdido su mente. Abu Sa'id cuenta que, al principio, Loqmān era un asceta severo, sereno y sometido a enormes mortificaciones. De repente, le sobrevino el delirio. Cuando le preguntaron qué le había pasado, contestó: «Cuanto más me esforzaba en la servidumbre, más se me hacía patente mi impotencia e incapacidad. Un día rogué a Dios: “¡Oh Señor!, cuando los reyes ven a sus siervos envejecidos, los liberan. Tú eres un Rey magnánimo, he envejecido en tu servidumbre, libérame”. Entonces me habló mi Señor: “¡Loqmān!, te he liberado”. Abu Sa'id añade: «El signo de esa libertad era que le había robado su mente».

Abu Sa'id, al ver a Loqmān sentado en una pila de cenizas y con una piel de cordero, le preguntó qué estaba haciendo. Loqmān le contestó: «Estoy haciendo tu manto de lana». Entonces agarró de la mano a Abu Sa'id y lo llevó al *jānaqāh* del gran maestro sufi el *pir* Abol Fazl Hasan.

Una vez sentado en silencio en presencia del Abol Fazl, éste sigue con el libro que estaba leyendo. Abu Sa'id piensa en cuál será el tema del libro. Abol Fazl percibe la curiosidad de Abu Sa'id y le dice: «Hijo, 124.000 profetas han venido y han dicho a la gente que invoquen a Dios. A algunos de los oyentes esta admonición les entró por un oído y les salió por el otro. Pero otros escucharon y comenzaron a invocar a Dios, hasta que Su nombre llenó sus seres. Entonces

fueron sumergidos en Su nombre y, por Su gracia, fueron purificados. Luego, la realidad de Su nombre se manifestó en sus corazones y ya no necesitaron repetirlo». Las palabras de Abol Fazl afectaron tan profundamente a Abu Sa'id que no pudo dormir esa noche.

Al día siguiente, tras la plegaria matutina y la recitación de la letanía, Abu Sa'id fue a ver a su profesor Abu 'Ali Faqih. La lección de ese día estaba basada en el verso coránico: *Di: «Allāh», y déjales divertirse en su locura.* Al escuchar este verso, Abu Sa'id cayó en estado de raptó. Él mismo mencionaría más tarde que una puerta se abrió en mi corazón y me robaron de mí. Cuando Abu 'Ali vio el cambio en su estudiante y averiguó dónde había estado el día anterior, le dijo: «Levántate y vete a donde Abol Fazl, porque para ti representa una infidelidad desocuparte de aquella realidad para ocuparte con la palabra».

Tras servir como discípulo a Abol Fazl durante un tiempo y practicar la invocación continua del nombre de Dios, el maestro le dice que la puerta de acceso [a la realidad] de ese Nombre le ha sido abierta y que pronto las afluencias divinas fluirán sobre su corazón y experimentará diferentes moradas espirituales. Luego le ordena que vuelva a su ciudad natal, se recluya y enfoque toda su atención en Dios. Abu Sa'id cuenta de este periodo que permaneció sentado en la capilla de una ermita repitiendo continuamente en su corazón: *¡Allāh, Allāh, Allāh, ...!* Cada vez que se quedaba dormido o su mente se distraía, aparecía una forma pavorosa con un bastón llameante y le ordenaba proseguir con su invocación. Abu Sa'id estaba tan aterrorizado con esta forma que inmediatamente se sumergía en la invocación, hasta que todo su ser comenzó a decir: *¡Allāh, Allāh, Allāh.*

Después de este periodo, volvió con Abol Fazl y comenzó una nueva serie de austeridades y prácticas espirituales, hasta finalmente recibir de la mano de su maestro el manto sufi (*jerqah*). El linaje de Abol Fazl descendía de Abu Nasr Sarrāy, de Abu Mohammad 'Abdollah Morta'esh y

de Yoneid⁴. Tras la muerte de Abol Fazl, Abu Sa'id continuó su aprendizaje y se ocupó aún más en la austeridad espiritual. Supuestamente, pasó siete años en una tierra árida, alimentándose de raíces de plantas. Luego viajó a la ciudad de Āmol para servir al *sheij* Abol 'Abbās, cuyo linaje llegaba hasta Yoneid a través de Tabari y Yurayri. Permaneció en Āmul durante un año (algunas fuentes dicen que fueron dos años y medio) y también recibió un manto sufí de este *sheij*. El autor de *Secretos de la Unidad* habla con cierto detalle acerca de este segundo manto y dice que, al recibir un segundo manto, Abu Sa'id no estaba aceptando a un maestro diferente ni una Orden diferente; más bien, ya que los sufíes son uno en espíritu, los dos mantos eran realmente uno. Abu Sa'id volvió a Mayhana tras su estancia con Abol 'Abbās, quien murió poco tiempo después.

Abu Sa'id consideraba que Abol 'Abbās era un maestro perfecto y un *ensān-e kāmel* (hombre perfecto), alguien perfeccionado en el amor y en la austeridad espiritual. Sin embargo, siempre mantuvo en su corazón un sentimiento particularmente dulce hacia Abol Fazl. Este afecto era tan grande que solía visitar la tumba de su maestro en Sarajs cada vez que tenía una experiencia mística que no podía resolver o cuando experimentaba un estado de contracción espiritual (*qabz*) en su corazón. Una vez, cuando estaba dando un sermón, cayó en un estado tal de contracción que comenzó a llorar. La audiencia también se puso triste y comenzó a sollozar. Después de que este estado hubiera continuado durante un tiempo, decidió visitar la tumba de Abol Fazl. Al llegar a la sepultura, él y los que le habían acompañado sintieron expansión en sus corazones. Abu Sa'id comenzó a danzar y cantó el siguiente verso:

*Este es el tiempo de la alegría
y el tiempo de la misericordia.
Nuestra alquibla es el Amigo,
mientras que la de los demás es la Kaaba.*

Este acontecimiento tuvo lugar poco después de que Abu Sa'id

hubiese alcanzado la perfección y hubiese abandonado el duro entrenamiento ascético que había estado siguiendo. Ahora ya no necesitaba seguir prácticas y rituales estrictos. Su visión directa de Dios, el Amado absoluto, era ahora su *alquibla*, la dirección de su plegaria, mientras que otros permanecían todavía apegados a la convención de rezar en dirección a la Kaaba en La Meca.

Un guía para los demás

Cuando todos los velos de ilusión fueron levantados de Abu Sa'id y hubo alcanzado la iluminación, decidió abandonar su ciudad natal e ir a Neyshāpur. Hay una historia en la que un hombre llamado Mahmud, que era muy respetado por el maestro, soñó que la montaña cercana a Neyshāpur se partía en dos y la luna llena ascendía, viajando a través del cielo y aterrizando en el *jānaqāh* del distrito Adanykouyan. Por este sueño, Mahmud supo que una gran personalidad espiritual estaba a punto de llegar a Neyshāpur, puesto que el amante perfecto de Dios es simbolizado por la luna llena, que no tiene luz por sí misma pero que refleja completamente la del glorioso Sol (Dios). La partición de la montaña significaba que ningún obstáculo, por grande que fuera, podría bloquear el camino de tal persona. Mahmud se fue a las afueras de la ciudad para saludar a Abu Sa'id y lo llevó al *jānaqāh* con el que había soñado.

A partir de ese día, Abu Sa'id dio charlas y sermones diarios que fascinaban a la gente, quienes le dieron sus riquezas para el *jānaqāh* o las donaron a los necesitados bajo sus instrucciones. Su enfoque consistía en celebrar *samā'* continuamente, recitar poemas líricos y enseñar a la gente a abandonar sus egos para alcanzar a Dios. También dejó claro que conocía lo que ocurría en las vidas diarias de las personas y en sus momentos privados. Esta capacidad hizo que la gente común creyera en él, y que los eruditos religiosos le condenaran.

Las autoridades de la religión exotérica creían que, en los sermones, sólo debían ser recitadas las tradicio-

nes del Profeta, los versículos del Qurán y las palabras de los santos exotéricos, y que cualquier desviación era herejía. Al principio cuestionaron el enfoque de Abu Sa'id porque lo consideraban erróneo. Cuando se dieron cuenta de que conseguía atraer a muchos seguidores, intentaron detenerle, y en varias ocasiones intentaron asesinarle, al igual que a sus discípulos. Sin embargo, a Abu Sa'id jamás pareció importarle el duro trato que recibía de sus enemigos, y siempre los trató de forma amable.

Dos líderes tribales, Abu Bakr Ishāq y Sa'id, ambos creyentes fundamentalistas, consideraban a Abu Sa'id un hereje y usaron cada oportunidad que tuvieron para detenerle. Escribieron al sultán Mahmud diciendo: «Ha aparecido un maestro sufí que, en vez de recitar del libro sagrado y de contar las tradiciones del Profeta, canta, baila y recita poemas. Para comer, en lugar de comidas austeras, tanto él como sus discípulos comen pollos a la parrilla y muchos platos delicados y dulces. Este no es el camino de los piadosos. No pretende ningún bien y ha hecho que un gran grupo de personas se desvíe».

El sultán Mahmud les contestó que podían tratar con ese maestro sufí en cualquier forma que ellos considerasen que se estuviera cumpliendo la ley islámica. En un santiamén, toda la ciudad conoció la respuesta del rey. Los seguidores de Abu Sa'id entre la gente común se quedaron muy afectados, porque sabían que la respuesta era, de hecho, una sentencia de muerte para Abu Sa'id. Sus discípulos más cercanos también estaban afectados, porque no querían que los ahorcaran, ni a ellos ni a su maestro. Pero nadie se atrevió a decir nada al propio Abu Sa'id.

Poco después de la puesta de sol, Abu Sa'id llamó a Hasan, su sirviente de confianza, y le preguntó: «¿Cuántos *darwish* hay en la *jānaqāh*?».

«Ochenta huéspedes de otras ciudades y cuarenta que viven aquí. En total ciento veinte».

«¿Qué les vas a dar para desayunar?» «Lo que usted ordene», contestó Hasan.

«Debes servirles a todos cabezas

de cordero a la parrilla con mucho azúcar y muchos dulces y agua de rosas. Además, quema algo de incienso. Asegúrate de que pones toda la comida en una tela blanca de algodón en el medio de la mezquita de la ciudad, para que los que hablan a nuestras espaldas puedan ver con qué viandas Dios alimenta a sus elegidos desde el mundo invisible».

Hasan se fue al mercado sin tener un céntimo en el bolsillo, porque en el *jánaqah* no había dinero. Una vez allí, pensó que podría pedir limosna; no se iba a quejar a su maestro acerca de la falta de fondos. Se quedó a la entrada del mercado durante un tiempo y vio que la gente estaba cerrando sus tiendas y yéndose a su casa. Nadie le echó una mano. Se prometió a sí mismo que no volvería con las manos vacías, incluso si tenía que quedarse allí toda la noche. Cayó la oscuridad, el mercado estaba completamente vacío, y todavía no llegaba ninguna ayuda. Tras unas horas más, Hasan vio a un hombre caminando hacia él. Cuando el hombre se acercó más, preguntó a Hasan por qué estaba allí de pie. Hasan le contó la historia. El hombre sonrió, abrió una bolsa y le dijo que metiera la mano y sacara tanto dinero como deseara. Así Hasan consiguió proveerse con todas las cosas que Abu Sa'id había ordenado.

A la mañana siguiente, el desayuno fue dispuesto tal y como había sido planeado. El maestro y los *darwish* llegaron para comer. El gran grupo de personas que acudió para testimoniar el destino de los sufíes, los encontró comiendo alegremente, en apariencia sin preocupación alguna. No hace falta decir que las noticias llegaron hasta Abu Bakr, que dijo: «Que coman su última comida. Mañana serán pasto de los buitres».

Después de desayunar, Abu Sa'id dijo a Hasan que preparase un lugar para los sufíes en primera fila en la oración del viernes. El imán de la oración aquel día era Sa'id, el otro enemigo de Abu Sa'id. Hasan preparó ciento veinte plazas para los sufíes en la primera fila, y la plegaria comenzó. Ahora bien, la plegaria del viernes tenía dos partes: la primera era devocional, mientras que la segunda

consistía en un sermón (*jutba*) dado por el imán de la oración, normalmente acerca de temas sociales. Abu Sa'id completó la parte devocional, pero no tenía intención de permanecer en el sermón posterior. Mientras se estaba preparando para salir, Sa'id quiso maldecirle por no completar toda la oración, pero Abu Sa'id simplemente se dio la vuelta y le miró. Sa'id se quedó callado y permaneció así hasta que todos los sufíes hubieron partido. Entonces continuó con su sermón.

Una vez hubieron abandonado la mezquita, Abu Sa'id dijo a Hasan que fuera a donde un vendedor en el cruce de caminos de Kermán y comprara *kawke* (un tipo de pastel) y *munnagha* (un tipo de cereal), se los llevara a Abu Bakr y le dijera: «A Abu Sa'id le gustaría que rompieras tu ayuno con esto».

Cuando Hasan entregó el mensaje de Abu Sa'id y su regalo de comida, Abu Bakr se quedó al principio extrañado y luego asombrado. Ocurrió que, ese día, Abu Bakr había decidido ayunar, pero no se lo había dicho a nadie. Mientras iba a la oración del viernes, había pasado por el cruce de caminos de Kermán y había visto unos tentadores *kawke* y *munnagha* en el escaparate. Pero, ya que estaba ayunando, había decidido esperar y disfrutar de ellos en la cena. Sin embargo, cuando terminaron las oraciones, había olvidado completamente esa promesa que se había hecho a sí mismo. Todo esto pasó sin que nadie más lo supiera. Cuando Abu Sa'id le había enviado lo que deseaba, se dio cuenta de que no tenía poder para luchar contra alguien que sabía tanto acerca de lo que ocurría en los corazones de la gente. Así que, tras algunos minutos, envió un mensaje a Sa'id diciendo que no quería cooperar en el asesinato de Abu Sa'id y que estaba solo en ese asunto. El mensajero volvió con una respuesta de Sa'id en la que describía su propio encuentro con Abu Sa'id. Decía que, cuando Abu Sa'id lo miró, se sintió completamente impotente. Se había sentido como si Abu Sa'id fuera un halcón y él un gorrión. No es extraño que no quisiera tener ningún asunto

más con Abu Sa'id.

Mientras Hasan se disponía a abandonar la casa de Abu Bakr, éste le dijo: «Di a tu maestro que Abu Bakr con veinte mil soldados, Sa'id con treinta mil soldados y el sultán Mahmud con cien mil soldados y setecientos elefantes llegaron a luchar contra él, y que él los derrotó con algunos dulces y cereales. Ahora le dejaremos en paz».

Hasan volvió a su maestro y le contó la historia tal y como se había desarrollado. El maestro dijo entonces a sus seguidores: «Desde ayer habéis estado todos temblando de miedo, aterrorizados de que os ahorcaran por ser sufíes. Pero hace falta alguien del calibre de Hallāy para que lo ahorquen, ¡y él no tiene igual en el este o en el oeste! Ahorcan a hombres de verdad, no a pseudo-sufíes». Entonces pidió al *qanwal* que leyera el siguiente poema:

*Entra valientemente
en el campo de batalla [del amor],
libre de todo pensamiento de ti mismo,
sólo síguenos.
Ya sea la vida como agua o como fuego,
vívela feliz, y estate contento
en medio de ella.*

Esta historia ejemplifica el enfoque de Abu Sa'id hacia sus enemigos y su costumbre de devolver dulzura a cambio de dureza. Su objetivo era allanar el camino para sus seguidores y arrojar luz en sus rincones más oscuros. Muchas veces sus amigos y discípulos objetaban su enfoque o sus acciones, considerándolos ilógicos. Sin embargo, también se daban cuenta de que siempre tenía algo que enseñarles.

Había un sufí reconocido en Neyshāpur, llamado Abol Qāsim Qoshayri, que era un seguidor reservado de la Senda y que tenía sus propios seguidores. Cuando oyó que Abu Sa'id había llegado a la ciudad y que el enfoque del maestro hacia la Senda era radicalmente diferente del suyo, al principio condenó a Abu Sa'id. Sin embargo, después de un año ambos hombres desarrollaron un cierto nivel de amistad. Pero eso no impidió que Qoshayri desapropa-

ra las prácticas del maestro de danzar durante el *samá'*.

En una ocasión, Qoshayri pasaba cerca del *jánaqáb* del maestro y vio a él y sus discípulos haciendo *samá'* y bailando. Se le ocurrió que, según la ley religiosa, un hombre que baila no puede ser testigo en un juicio (ya que es claramente un loco), y de esa forma no se sirve a la justicia. Cuando se encontró al día siguiente con Abu Sa'id en la calle, éste le preguntó: «¿Cuándo nos has visto en la fila de los testigos?» Qoshayri supo inmediatamente que Abu Sa'id estaba respondiendo a su pensamiento del día anterior. Se avergonzó, e hizo el voto de no volver a juzgar a Abu Sa'id de ninguna forma.

Unos días más tarde, volvió a pasar por el *jánaqáb* de Abu Sa'id y escuchó al *qanmál* cantar:

*No te avergüences de volverte un idólatra
por el amor a un ídolo.
No tendrás un ídolo
hasta que te conviertas en un idólatra.*

Vio que Abu Sa'id estaba bailando extasiado. De nuevo pasó por su mente un reproche hacia el maestro, pues le pareció que no había ninguna posibilidad de que el maestro estuviera interpretando esos versos de ninguna otra forma más que en su sentido literal —el verso era claramente una llamada hacia el panteísmo, que es anatema para el Islam. Cuando fue a visitar al maestro al día siguiente, Abu Sa'id se volvió hacia él y dijo:

*¿No te avergüences de volverte un idólatra
por el amor de un ídolo?
No tendrás un ídolo
hasta que te conviertas en un idólatra.*

Y continuó diciendo que el significado de este verso era que la mayoría de la gente no se avergonzaba de adorar lo que es otro-que-Dios, y que haciendo eso se habían convertido en idólatras. Al oír esto, Qoshayri entendió de verdad el alto nivel y la alta morada de Abu Sa'id y prometió en su corazón nunca más volver a juzgar al maestro.

Abu Sa'id enseñó así a Qoshayri que hay monoteísmo en el panteísmo

si los ojos de uno están abiertos y que, sin esa visión, incluso adorar a Dios puede ser considerado idolatría. En su explicación del poema, Abu Sa'id apuntó al hecho de que la mayoría de la gente no se concentra en lo que está haciendo, ya sea adorar a Dios o construir una casa. Concentrarse en una cosa excluyendo cualquier otra es en sí mismo una forma de Unidad. Así, una persona que no se concentra en ninguna cosa no puede conocer el auténtico significado de la Unidad. Por supuesto, la más alta forma de concentración sería la concentración en Dios y en Sus atributos.

Abu Sa'id usaba cada acontecimiento como una oportunidad para enseñar. Abdol Samad, el discípulo elegido del maestro, cuenta la siguiente historia: «Había estado viajando durante un tiempo y lamenté que no hubiera sido capaz de acudir a los sermones del maestro y disfrutar de sus enseñanzas. Cuando regresé a Mayhana y de nuevo pude acudir a sus sermones, me dijo que no hacía falta lamentar lo que había dejado de escuchar, incluso aunque no acudiese a sus conferencias durante diez años, porque él siempre decía una única cosa, y esa cosa podía ser escrita sobre la uña de un dedo: “Sacrifica tu ego (*nafs*), y nada más”».

Abu Sa'id tenía un discípulo recién iniciado, llamado Sankani, que provenía de una familia acomodada. Era joven y disfrutaba de buenas ropas y adornos. Un día, Abu Sa'id fue invitado a una excursión y le acompañaron algunos discípulos, incluido Sankani. Mientras caminaban, Abu Sa'id se situó tras ellos y pudo ver que Sankani parecía preocupado por su ropa y su apariencia. El maestro le dijo que no caminara delante de él, por lo que se colocó detrás del maestro. Después de algunos minutos, Abu Sa'id le dijo: «No camines detrás de mí», así que el discípulo se colocó a la derecha del maestro. Algunos minutos después llegó la petición: «No camines a mi derecha», y Sankani se colocó a la izquierda, sólo para descubrir que tampoco debía colocarse allí. Estaba perplejo, se enfadó y preguntó al maestro dónde debería colocarse. Abu Sa'id respondió que

debería tirar su ego y caminar delante. Luego recitó este poema:

*Mientras tu ego te acompañe,
no sabes nada de Dios,
porque el ego le disgusta
al hombre universal.*

El hombre universal (u hombre perfecto) quita el velo del ego de los ojos de uno de tal forma que éste puede «ver» a Dios con los ojos de Dios. ¡Así, para que Dios venga, el ego debe irse!

Últimos días

Ala edad de ochenta y dos años, Abu Sa'id abandonó Neyshāpur para ir hacia Mayhana, donde dio conferencias diarias. En cada una predecía que habría carencia de lo divino en la sociedad —es decir, que tras su muerte, la gente permanecería absorta en los asuntos materiales e ignoraría la espiritualidad. Dio conferencias durante un año, y en su último sermón dijo: «Si alguien os pregunta sobre vuestra identidad, no digáis que sois creyentes, sufíes o musulmanes, porque os pedirán que probéis cualquier cosa que digáis y os veréis incapaces de ello. En vez de eso, decid que sois pequeños caminantes y que vuestros grandes guías van por delante de vosotros. Decid: “Preguntadles a ellos porque ellos tendrán las respuestas, pues es responsabilidad de los grandes responder por los pequeños”. Esforzaos en encontrar y en uniros a esos grandes, pues si os quedáis solos con vosotros mismos cometeréis muchos errores».

Abu Sa'id murió en 1061 y fue enterrado en Mayhana. Su tumba fue mantenida por sus descendientes durante unos 120 años, tras los cuales comenzó la invasión de los turcomanos de la tribu Ghuzz. Unos 115 miembros de la familia del maestro fueron masacrados, y la propia ciudad cayó en la ruina.

Anécdotas de Abu Sa'id

El baño público

En tiempos de Abu Sa'id, la gente usaba casas de baños muy similares a

las que hoy en día usan los japoneses. Un día, Abu Mohammad, amigo y discípulo del maestro, fue a visitarle a su *janaqāb*. Cuando llegó, le dijeron que el maestro estaba en los baños. Inmediatamente fue a buscarle. Cuando Abu Mohammad encontró a Abu Sa'id, el maestro le preguntó: «¿No son estos baños agradables?»

«Desde luego que sí»

«¿Por qué piensas eso?»

«¡Porque has llenado este lugar de gracia con tu presencia!»

«Me temo que esa no es una buena razón»

«¿Me honrarías diciéndome la razón?»

«Este lugar es agradable porque uno sólo necesita una jarra para echarse agua en su cuerpo y una toalla para secarse, y esos utensilios no pertenecen al que se baña sino al cuidador de la casa de baños.»

La ceremonia

Un día, Abu Sa'id decidió sumarse a una importante reunión religiosa que tenía lugar en su ciudad. En aquellos tiempos, existía la costumbre de que los heraldos anunciaran con un título honorífico a los invitados a medida que llegaban a las reuniones. Cuando el heraldo vio llegar a Abu Sa'id, no supo con qué título debía anunciarle. Preguntó a los discípulos del maestro, pero ellos tampoco lo sabían. Abu Sa'id se dio cuenta de lo que pasaba y le dijo al heraldo: «Ve y di que el nadie, hijo de nadie, ha llegado».

Cuando el heraldo lo anunció, la gente eminente miró a ver quién era ese nadie, hijo de nadie. Al ver al maestro, se quedaron impresionados y emocionados por el alto grado de humildad que Abu Sa'id había mostrado.

La bola de polvo

Un *darnish* estaba barriendo el patio del *janaqāb*. Abu Sa'id lo vio y dijo: «Sé como la bola de polvo que rueda delante de la escoba, y no como la roca que se queda detrás». Con estas palabras, el maestro enseñó al joven discípulo que, para avanzar en la Senda, uno debe ser como el

El día en el que prendió el fuego del amor,
el enamorado del Amado aprendió el ardor.
Todo fervor y quemadura del Amado nació;
sólo con la vela encendida la mariposa se consumió.

—Abu Sa'id Aboljeir

—Traducido por Juan Martín Caruana

polvo, que no tiene voluntad propia sino que va donde la escoba (el maestro espiritual) le lleva, y no debe ser como la roca (el ego), que afirma su propia voluntad y resiste la dirección del guía perfecto.

Serpiente

En una excursión, Abu Sa'id y uno de sus discípulos atravesaron una región infestada de serpientes venenosas. Mientras caminaban, una serpiente se deslizó hacia Abu Sa'id y comenzó a enrollarse alrededor de él. El discípulo, golpeado por el miedo y la sorpresa, se quedó inmóvil. Al ver el estado de su discípulo, el maestro dijo: «No temas. Esta serpiente ha venido a presentar sus respetos y no me hará daño. ¿Quieres que ella te salude a ti también?»

«¡Claro que quiero!», contestó el *darnish* ilusionado. «¡Eso, amigo mío, jamás ocurrirá mientras sea tu ego quien lo deseel!».

El viejo tocador de tambur

Al final de una de las reuniones sufíes, el maestro y su siervo electo, Hasan, estaban como de costumbre de pie en la puerta del *janaqāb* despidiéndose de las personas que se estaban yendo. A Hasan le ocupaban pensamientos acerca de una suma de dinero que debía y le preocupaba no

tener forma de devolver el préstamo a tiempo. Deseaba en su corazón que el maestro le diera algún consejo.

Hasan salió de su ensoñación cuando oyó que Abu Sa'id decía: «Mira, alguien llega. Ve y mira qué puedes hacer por ella». Era una señora mayor, a la que Hasan condujo adentro y ofreció té. La mujer dio entonces a Hasan una bolsa de monedas de oro para que se la diera al maestro a cambio de plegarias para su alma.

Feliz con el pensamiento de que ese dinero podría ayudar a aliviar su deuda, Hasan llevó la bolsa a Abu Sa'id. Sin embargo, para su pesar descubrió que el dinero iba a ser usado con otro propósito. Abu Sa'id pidió a Hasan que fuera al cementerio de la ciudad. Allí, en un rincón del único edificio que había, encontraría a un anciano. Hasan tenía que despertarle, darle recuerdos del maestro y entregarle las monedas. Hasan lo hizo así, y cuando le entregó el oro, el hombre lloró y le rogó que le llevara ante Abu Sa'id.

El hombre dijo a Hasan: «Soy un tocador de tambur. Cuando era joven, fui popular y a todos gustaba mi música. La gente solía pagarme bien, y era constantemente invitado a celebraciones y reuniones. Cuando envejecí, fui cada vez menos y menos popular, y al final nadie me quería, ni

a mí ni a mi música. Finalmente, mi propia familia me echó de casa. Me dirigí hacia este cementerio, y ahora mendigo comida. Anoche llegué aquí, hambriento y desesperado. No tenía nadie hacia quien volverme, salvo Dios. Lloré y le dije que nadie quería mi música. Que iba a tocar para Él, esperando que Él me pagara. Toqué, canté y lloré toda la noche hasta que, casi al alba, caí dormido. Y ahora tú te has presentado aquí con una bolsa de dinero».

Hasan llevó al tocador de tambur al *jānaqāh*. Al ver a Abu Sa'id, el hombre se echó a los pies del maestro, alabando a Dios y pidiéndole al maestro que rezara por su alma. Abu Sa'id le trató con gran amabilidad, y después le dijo a Hasan: «Nadie ha salido perdiendo jamás cuando ha puesto su confianza en Dios. De la misma forma que este dinero fue provisto para este hombre, también lo será para ti».

No seas un narrador de historias

Jāyeh 'Abdol Karim, uno de los siervos elegidos del maestro, dijo: «Un día, un *darnish* me pidió que pusiera por escrito algunas historias acerca de los poderes milagrosos del maestro. Poco después me dijeron que el maestro quería verme. Cuando entré en su habitación, Abu Sa'id me preguntó qué estaba haciendo. Se lo conté. Entonces me aconsejó que no fuera un narrador de historias, sino que me esforzara por alcanzar el punto en el que otros querrían contar historias sobre mí». Abu Sa'id sabía lo que este discípulo estaba haciendo, y no quería ser famoso por sus «poderes». Había aprovechado la oportunidad para enseñarle otra lección, es decir, que se esforzara en avanzar en la Senda.

Poderes milagrosos

En una ocasión le dijeron a Abu Sa'id que cierta persona podía caminar sobre las aguas, a lo que contestó: «Eso es sencillo. Una rana y un mosquito también pueden caminar sobre las aguas». Entonces le dijeron que otro hombre podía volar, y contestó: «Eso también es sencillo. Una

mosca y un cuervo también pueden volar». Finalmente le hablaron de alguien que podía ir de una ciudad a otra en un abrir y cerrar de ojos. Entonces contestó: «Satán puede viajar del este al oeste en un aliento. Estas capacidades no tienen ningún tipo de valor. Un auténtico ser humano es aquel que puede mezclarse y socializar con la gente pero no se olvida de recordar a Dios ni siquiera durante un momento».

El molino

Abu Sa'id estaba viajando con sus compañeros y llegaron a un molino. Detuvo su caballo y escuchó el sonido del molino. Entonces les preguntó: «¿Alguno de vosotros sabe qué está diciendo el molino?». Todos negaron con sus cabezas. Dijo: «Está diciendo: “El sufismo es lo que yo tengo. Recibo lo grueso y lo devuelvo fino. Viajo alrededor de mí mismo y en mí mismo, liberándome de lo innecesario [superficial]”».

Elegancia

Los discípulos pidieron al maestro que identificase al hombre más elegante de la ciudad. Su elección recayó en Loqmān. Esto les sorprendió, porque Loqmān era el loco de la ciudad: tenía el cabello largo y despeinado, vestimentas bastas y apariencia severa. «Recordad que *elegante* significa “limpiado”, y *limpiado* significa “no apegado o atado a ninguna cosa”. No hay nadie en esta ciudad más limpio y con menos apegos y ataduras que Loqmān», dijo Abu Sa'id.

Servicio

Un día, en medio de una charla, Abu Sa'id dijo: «Hay joyas esparcidas por todo el *jānaqāh*. ¿Por qué no las recogéis?» Los discípulos comenzaron a mirar a su alrededor, pero nadie pudo encontrar ninguna. «No vemos ninguna joya», le dijeron. «El servicio, el servicio», contestó.

La forma de alcanzar a Dios

Un hombre preguntó al maestro en una ocasión acerca de las formas

de alcanzar a Dios. «Los caminos hacia Dios», contestó, «son tantos como seres creados hay. Pero el más corto y más fácil es amar y servir a los demás, no molestarlos y hacerlos felices».



Notas

- 1.- Z. Kiāni-nijād. *Rāb-i Tasawwuf dar Islam*. Teheran: Eshraqhi Publication, 1987.
- 2.- R. A. Nicholson, *Studies in Islamic Mysticism*, Delhi: Jayyed Press, 1976, p. 3.
- 3.- *Ibid.*, p. 5
- 4.- El autor de *Los secretos de la Unidad* cree que Abol Fazl murió antes de que Abu Sa'id terminara su aprendizaje en la Senda y que recibió el manto sufí de Abol Rahmān Sulami. El linaje de Sulami era a través de Abol Qāsem Nasrābādi hasta Shibli y hasta Yoneid.

Referencias

- Nicholson, R. A., *Studies in Islamic Mysticism*, Delhi, Jayyed Press, 1976
- Kadkani, M. Shafi'i. *Hālāt wa sojanān-e Abu Sa'id Aboljeir*, 2ª ed. Teherán, Publicaciones Aghā, 1988.
- Kianineyād, Z. *Rāb-e Tassawwuf dar Islam*, Teherán, Publicaciones Ishraqi, 1987.
- Shafā, Z. *Asrār-e tamhid fi magāmāt-e Shējy Abu Sa'id*, 4ª ed. Teherán, Publicaciones Amir Kabir, 1981.
- Zarrinkub, A. *Arzesh-e Mirās-e Suffiya*, 5ª ed. Teherán, Publicaciones Amir Kabir, 1983.

